



ornamentos, cargó de cadenas á Joaquín, y quiso mandarle á Babilonia. Sin embargo, enternecido quizás por su sumision, le dejó en Jerusalem como rey, ó más bien como vasallo coronado, y con la obligacion de pagar un tributo anual. Si Joaquín quedó, ó, al ménos, volvió tan pronto á Jerusalem, no sucedió otro tanto con los príncipes de su familia, y con lo escogido de la juventud. Nabucodonosor les mandó cautivos á Babilonia, para que sirvieran de eunucos en su palacio, segun la prediccion de Isaías á Ezequías. Daniel y sus compañeros eran de este número.

De esta época, cuarto año del reinado de Joaquín, data el principio de la cautividad de Babilonia y de los setenta años que debia durar. En el libro de Daniel se dice que Nabucodonosor marchó contra Jerusalem en el tercer año de Joaquín (1); de suerte que esta expedicion, comenzada en el año tercero, concluyó en el cuarto. Saliendo de Babilonia, marchó contra Faraon-Necao, se volvió á apoderar de Carkemis y la Siria, y despues de Jerusalem.

Una calamidad, tan frecuentemente predicha, tan literalmente cumplida, era suficiente para que Joaquín entrara en sí mismo. Nada de esto hizo, sino algunas apariencias en los primeros tiempos. En el quinto año de su reinado, en el noveno mes, que se cree fuera la época del aniversario de la toma de la ciudad, se publicó un ayuno delante del Eterno para todo el pueblo de Jerusalem, y para toda la multitud que habia acudido de las ciudades de Judá. Los judíos observan todavía este ayuno para deplorar la toma de la ciudad santa.

Esta era una ocasion favorable para recordar, con algun fruto, al pueblo humillado las promesas y las amenazas del Señor. Baruc, de orden de Jeremías, leyó por segunda vez en el templo, delante de la multitud, el libro de las predicciones.

Los grandes de la corte, enterados de lo que pasaba, mandaron á suplicar á Baruc que fuera en su busca con el libro. Él le leyó á presencia de ellos. Quedaron todos admirados de

(1) Daniel, c. I.

que hubiera podido copiar cuanto el profeta Jeremías le habia anunciado. Este libro fué quemado de orden de Joaquín, porque en él se predecia la ruina de su territorio y la destruccion de todo cuanto existia.

Nabucodonosor habia dado orden á Asfenez, jefe de sus eunucos, ó jefe de los oficiales de su corte, que por regla general eran verdaderos eunucos, que le escogiese de entre los príncipes jóvenes de la real casa de Judá, y de entre los jóvenes notables de las familias del país, cierto número, para que permanecieran y vivieran en su presencia.

Tales eran y tales son todavía las costumbres del Oriente. La suerte de los prisioneros de guerra es ordenadamente dura; pero si al príncipe le place escoger algunos para su servicio, son preferidos á los indigenas. El extranjero, como tal, se ve unas veces destinado al más ominoso yugo, y otras á los más grandes honores.

Entre estos jóvenes que Nabucodonosor se habia llevado prisioneros de Jerusalem, se encontraban Daniel, Ananías, Misael y Azarias, todos de la tribu de Judá. El jefe de los eunucos que los tenia bajo su direccion, les dió otros nombres. Llamó á Daniel, Baltasar; á Ananías, Sidrach; á Misael, Misach; á Azarias, Abdenago: Daniel, quiere decir juicio de Dios; Sidrach, embajador; Misael, quien pide; Misach, quien tiene cuidado de la casa; Azarias, socorro de Dios; Abdenago, favorito del rey. Se cree que Daniel era de la familia real de David. El nombre de Baltasar, que en lo sucesivo llevó el último rey de Babilonia, parece que también se le dió por distincion.

El rey dió orden para que se les sirviera todos los dias de las comidas que se les servian á él. Hizo que se les instruyera con todo cuidado en la literatura y en la lengua de los caldeos, y fijó él el término de tres años para su instruccion, durante los cuales debian quedar bajo la vigilancia de Asfenez, antes de entrar al servicio del rey.

Como en la mesa de los gentiles se presentaban manjares que la ley de Moisés prohibia comer, Daniel tomó la resolucion de evitar esta mancha, como llamaban los israelitas, y rogó



al jefe de los eunucos que le permitiera absterse de los manjares de la mesa del rey: «Yo temo mucho al rey, le contestó el jefe; ha mandado que se os alimentara de lo que se sirve en su misma mesa, y si viera que ibais desfalleciendo y que vuestros rostros no se conservaban como los de los otros jóvenes, me haria perder la cabeza.» Entonces Daniel, dirigiéndose á Malasar, á quien el jefe de los eunucos habia confiado los cuatro jóvenes, le rogó que lo pusiera en práctica sólo por diez dias, dándoles legumbres y agua, y que entonces veria si sus rostros no estaban tan bien conservados como los de los jóvenes que se alimentaban en la mesa del rey. Malasar se dejó persuadir, y como despues de hecha la prueba, los cuatro jóvenes estaban mejor conservados que los otros, accedió gustoso á sus súplicas.

Dios concedió á estos jóvenes la ciencia y la inteligencia en toda clase de asuntos. A Daniel en particular le comunicó la inteligencia de todas las visiones y de todos los sueños.

Despues de tres años, el jefe de los eunucos les presentó á Nabucodonosor, quien habiendo hablado con ellos pudo observar que entre todos los jóvenes no habia otros que les igualasen. Les hizo quedar á su presencia. Cada dia aumentaba más su admiracion. Sobre cualquiera pregunta que se les hiciera relativa á sabiduría é inteligencia de las cosas, veia en ellos diez veces más luces que en todos los adivinos y sábios de su reino.

Donde más hizo resaltar su sabiduría el joven Daniel, fué en el prodigioso suceso de la casta Susana, mujer de Joaquín, uno de los cautivos de Nabucodonosor, é hija de Helcias, cuya relacion bíblica omitimos en este lugar por ser harto conocida.

Otro suceso, no ménos extraordinario, elevó á Daniel al puesto de primer ministro ó gran visir del imperio babilónico.

Nabopolasar, llamado también Nabucodonosor I, murió dos años despues de haber asociado al imperio á su hijo. Este, Nabucodonosor el Grande, despues de someter á la Judea, continuaba sus conquistas en la Siria y en Egipto cuando supo la muerte de su padre. Al punto, dice el historiador de la Caldea, Beroso, partió

con diligencia para Babilonia, llevando el camino más corto por el desierto, acompañado de poca gente y habiendo dejado á sus generales el grueso del ejército. Luego que hubo llegado tomó las riendas de aquel gobierno, que durante su ausencia habian dirigido los magos caldeos y que con tanto tino y fidelidad habia desempeñado el principal de ellos. De esta suerte fué ocupando todos los estados de su padre.

Uno de sus primeros cuidados fué el distribuir por colonias los cautivos nuevamente hechos.

No contentó con reparar los antiguos edificios de Babilonia, engrandeció la ciudad, fortificó el canal del Eufrates, y para impedir algun ataque á la ciudad levantó dentro y fuera un triple recinto de altas murallas de ladrillos. Fortificó también todo el resto de la ciudad, é hizo magníficas puertas y edificó un nuevo palacio cerca del de su padre, cuya magnificencia y hermosura seria inútil referir. Porque la reina su mujer deseaba tener algo que se asemejara á su país, la Media, levantó enormes torres de piedra, que se parecian á elevadas montañas, plantando en ellas toda clase de árboles; estos fueron los jardines pensiles, tan famosos por todas partes.

En medio de sus vastos proyectos, el cuarto año despues de haber sido asociado al imperio y el segundo de su reinado, Nabucodonosor tuvo aquel sueño tan célebre de la estatua de oro, plata, bronce, hierro y arcilla, que fué explicado por Daniel, logrando evitar de esta suerte su persecucion y la de sus compañeros. Admirado Nabucodonosor de tal maravilla, se prosternó en tierra, adoró á Daniel y mandó llevar víctimas é incienso para que las sacrificaran en su honor, ó más bien, y siguiendo la traduccion del original, mandó que le presentaran ofrendas de pan y vino para que ofreciesen oblaciones. Que Nabucodonosor no adoró á Daniel como á un Dios, sino como á su siervo y profeta, se desprende por la contestacion del príncipe: En verdad que tu Dios es el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, puesto que habeis descubierto un misterio tan oculto (1).

(1) Daniel, 46, 49.



La parte de oro que tenía la estatua, y que era la cabeza, simbolizaba Nabucodonosor. El imperio asirio-babilónico, el más antiguo de la tierra, del que tenemos algunas noticias, es también el primero después del diluvio. Con él comienza la historia política. Su poder, su esplendor y su gloria son comparados al más antiguo metal. El primer fundador de este imperio, Nemrod, reinó con tal gloria, que la Escritura nos habla de su poder, que quedó en proverbio, y en lo sucesivo parece que fué adorado con el nombre de Belo ó Señor. En cuanto á Nabucodonosor, ya hemos visto y aun veremos lo que los profetas han dicho de él. Los autores profanos están conformes con las relaciones proféticas. Megastenes, contemporáneo de Alejandro, en un fragmento conservado por Estrabon, dice que Nabucodonosor, célebre entre los caldeos, superior al mismo Hércules en sus obras, que lanzó sus conquistas hasta más allá de las Columnas, y que desde la España llevó su ejército por la Tracia y el Ponto (1).

La parte de la estatua que era de plata, simbolizaba un reino menor. El imperio de los medos y de los persas, fundado por Darío. Vasto, poderoso y rico, debía ser menor en extensión y en duración que el imperio asirio-babilónico. Este, á contar desde Nemrod, su fundador, duró más de mil quinientos años.

El gran Macedonio fundó el tercer imperio. Era de bronce como las espadas en tiempo de Daniel. Menos precioso que la plata, menos aparente, menos rico, el bronce, metal de la guerra, es también el metal de las artes. Hermoso emblema del genio griego.

El hierro, que todo lo pulveriza, que se endurece tanto como el acero, y á su dureza nada se le resiste, es la sangrienta Roma. El hierro es á la vez el metal de la agricultura que alimenta al género humano. Roma la supo honrar en su juventud; Roma buscó, más de una vez, sus generales en el arado; la agricultura era la ocupación de los nobles del país. Al salir de las asambleas del senado los Fabios y los Valerios, se dirigían á sus cortijos de labor, y los hombres que habían ya conquis-

(1) Estrabon, l. XV, c. I.

tado renombre por sus conquistas, trabajaban su campo con el sudor de su rostro.

El carácter de Roma era de hierro, y sus virtudes de acero. Cuando la desmoralización arrancó á Roma este inmenso imperio, se fué poco á poco debilitando. La división iba aumentando en tiempo de los triunviros.

Más tarde los guerreros de los pueblos extranjeros llegaban hasta la dignidad de Césares. Ya hacía mucho tiempo que el derecho de ciudadanía había igualado á las naciones extranjeras con los romanos en sus derechos; pero el hierro y la arcilla no podían tener comparación, y de los restos del poder de los romanos se fueron formando los imperios de Europa.

Mientras que Daniel exponía así la futura historia del universo, Babilonia llegaba al más alto grado de su gloria; los medos y los persas se engrandecían con los predecesores de Ciro; a Grecia veía florecer al primero de sus sabios, al fenicio Tales; Roma bajo sus últimos reyes levantaba edificios que aun subsisten. Cuando las naciones conquistadoras dieron lugar á esta historia, y se escribió con ríos de sangre sobre tres de las páginas del antiguo mundo, Asia, Africa y Europa; cuando este imperio universal, concentrado en la sangrienta Roma, comenzaba á desfalecer y trataba de sostenerse con humanas alianzas, la piedra desprendida de la montaña vino á herir sus pies de barro y arcilla; el imperio divino de Cristo, desprendido de la montaña de Sion, sin asistencia alguna humana, vino á chocar en los pies del imperio de la fuerza, encarnado en Tiberio, en Calígula y en Neron: á la mentira, á la violencia y al odio, debían suceder la verdad, la equidad y la caridad. El choque duró siglos. Pero al fin estas naciones, estos reyes, y estos príncipes coaligados, son castigados por el Cristo de Jehová con una vara de hierro, y los destroza como á vaso de arcilla (1): este imperio universal de la fuerza y de la arbitrariedad, iniciada en Nemrod, continuada por Nabucodonosor, Tiberio, Neron, Domiciano y Valerio, desapareció. El imperio espiritual de Cristo, cual piedra de Sion, se hizo una mon-

(1) Psalmo 2.^o



taña que ocupó toda la tierra. Después de diez y ocho siglos, el trono de su rey pastor se levanta pacífico é inmutable, allí mismo donde a estatua de Nabucodonosor lo pulverizaba todo bajo sus pies de hierro. Este imperio de Dios no ha pasado nunca ni pasará á otras manos; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

En el mismo año que este misterio fué revelado á Daniel, y por él á Nabucodonosor, Joaquin se declaró en rebeldía contra este último, después de tres años que hacia estaba ya sumiso á él. Rehusó pagarle el tributo, y entró en alianza con el rey de Egipto. Nabucodonosor, ocupado en otras cosas, quizás en conciliar la paz entre los medos y lidios, quienes, después de una guerra de cinco años, le habían elegido por mediador, asustados como estaban por un eclipse total de sol, predicho por Tales (1), encargó á los gobernadores de las provincias sirias que declararan la guerra á los reyes de Judá. Joaquin se halló, pues, expuesto á las incursiones de los ammonitas, moabitas, sirios, árabes y demás naciones vecinas, tributarias del imperio de Babilonia.

Estas hostilidades duraron tres años seguidos. Por último, el undécimo año del reinado de Joaquin se reunieron todos estos pueblos, le cercaron en Jerusalem, le sorprendieron en una salida aparente que hizo durante el sitio, y le dieron muerte con la espada, arrojando su cuerpo sobre el gran camino, fuera de las puertas de Jerusalem, no dándole, según la predicción de Jeremías, otra sepultura que la que se da á un animal que se arroja al campo.

Su hijo Joaquin, llamado también Jeconías, le sucedió á la edad de diez y ocho años. Imitó todos los desórdenes de su padre, por lo que Jeremías profetizó contra él: «Yo te entregaré, dice Jehová, en manos de los que te buscan, y á aquellos cuya presencia tanto temes; en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en manos de los caldeos.....» (2).

Esta amenaza no tardó en cumplirse. Los lugar-tenientes de Nabucodonosor, habiendo

(1) Herodoto, l. I, c. 74.

(2) Jerem., c. 22.

continuado el sitio por espacio de tres meses sin resultados, se presentó él mismo para apurarle más, haciendo que cada vez fuera más vigoroso.

Jeconías, no encontrándose en estado de defenderse, salió de Jerusalem, y después de un reinado de tres meses y diez días, fué á entregarse al rey de Babilonia, con su madre, con todos los grandes de su corte, y con sus principales oficiales. No ganó en esto más que conservar la vida. Al punto, cargado de cadenas, fué llevado á Babilonia y puesto en prisión, donde permaneció hasta la muerte del vencedor, que tuvo lugar treinta y siete años después.

Dueño así Nabucodonosor de Jerusalem, sacó todos los tesoros del templo y del palacio, destruyó todos los vasos de oro que Salomon había hecho para el servicio divino, y los trasportó á Babilonia. Llevó también con él un gran número de cautivos: el rey Jeconías, su madre, sus mujeres, sus oficiales y los grandes de su reino, y todos sus mejores soldados, en número de diez mil, sólo de Jerusalem, sin contar los cerrajeros, carpinteros y otros artistas. Además sacó del país siete mil hombres de guerra y mil obreros. Estos debían contribuir al embellecimiento de su capital, y aquellos para reclutar ejércitos. Entre los cautivos estaba el profeta Ezequiel, hijo de Buzí, de raza sacerdotal. También este profeta comienza desde esta época á contar los años en todas sus profecías. Sobre el resto del pueblo, Nabucodonosor estableció por rey á Matanías, hijo de Josías y tío de Jeconías, después de haberle jurado ante Dios que le sería fiel.

Matanías, más conocido por el nombre de Sedecías, que le dió Nabucodonosor al ponerle sobre el trono, tenía entonces veintinueve años, y reinó once. Como su sobrino y hermanos, cometió también el mal delante del Señor, y no tuvo respeto alguno á su profeta Jeremías: fué en esto tanto más culpable y más endurecido, cuanto que los juicios, denunciados por este santo varón á sus predecesores, se habían cumplido todos á su vista. El pueblo no hizo menos que el rey. El Señor, sin embargo, no dejó de advertirles sus desvarios. Al principio del



reinado de este príncipe, dijo á Jeremías: «Entre ligaduras y cadenas, envíalos al rey de Edom y al rey de Moab, al rey de Tiro y al rey de Sidon, por medio de los embajadores que han venido á Jerusalem, cerca de Sedecias, rey de Judá. Hé aquí lo que dice Jehová: «Sabaóth, Dios de Israel: Yo hice la tierra y los hombres, y los animales que están en la superficie de la tierra con mi poder inmenso: Yo dí la tierra á quien fué mi voluntad. Ahora bien; todas estas tierras las he puesto en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y además le he dado los animales del campo para que le sirvan. Y todas estas naciones le servirán á él, y á su hijo, y al hijo de su hijo, hasta que venga el tiempo de su reino, y varias naciones le estarán sumisas. Pero la nacion ó el reino que no se someta á Nabucodonosor, rey de Babilonia, y el que no doblare su cerviz bajo el yugo del rey de Babilonia, yo le visitaré con la espada, con el hombre y con la peste, hasta que le haya consumido por mi mano..... (1).»

Jeremías habló en este sentido á Sedecias, á los sacerdotes y al pueblo de Judá. Pero más de un falso profeta les anunciaba lo contrario. Uno de ellos, Ananías, de Gabaon, dijo un día á Jeremías en el templo delante de los sacerdotes y del pueblo: «Hé aquí lo que dice Jehová Dios de Israel: He quebrantado el yugo del rey de Babilonia. Dos años más y haré traer á este lugar todos los vasos de la casa de Jehová..... Y traeré á Jeconías, hijo de Joaquin, rey de Judá, y á todos los cautivos de Judá; porque yo romperé el yugo del rey de Babilonia.»

Jeremías, delante de todo el pueblo, respondió: «Sea hecho lo que dices. Quiera el Señor suscitar las palabras que tú dices, y que todos los vasos sean llevados á la casa de Jehová y que todos los cautivos de Babilonia sean transportados á aquel lugar. Sin embargo, oye esta palabra que voy á anunciarte á tus oídos y á los oídos del pueblo: Los profetas que hubo antes de mí y antes de tí desde el principio, han profetizado en muchas comarcas y en muchos

(1) Jeremías, c. 27.

reinos la guerra, la desolacion y el hambre. Hé aquí un profeta que anuncia la paz; cuando su palabra se cumpla será reconocido como un profeta enviado por el Eterno.»

Entonces Ananías quitó la cadena del profeta Jeremías, que era de madera, la rompió, y dijo: «Hé aquí cómo habla Jehová. Así romperé yo en dos años el yugo de Nabucodonosor, rey de Babilonia, sobre la cabeza de todas las naciones.»

Marchaba Jeremías por su camino, cuando el Eterno le mandó á decir á Ananías: «Tú has roto la cadena de madera y harás lugar á cadenas de hierro; porque así habla Jehová-Sabaóth, Dios de Israel: Yo he colocado un yugo de hierro sobre el cuello de todas las naciones, á fin de que sirvan á Nabucodonosor, rey de Babilonia y le servirán, y además le he dado los animales de la tierra.

En lo que á tí respecta, Ananías, escucha: Jehová no te ha enviado, y tú has dejado reposar á este pueblo en la mentira. Por lo que esto dice Jehová: Yo te arrancaré de la faz de la tierra y morirás este año, porque has pronunciado palabras de rebelion contra Jehová.» Y Ananías murió en este año el sétimo mes (1).

Hacia el mismo tiempo se aprovechó Jeremías de una órden que Sedecias mandaba á Nabucodonosor, con objeto que escribiera á los cautivos de Babilonia la siguiente carta: «Hé aquí lo que dice Jehová-Sabaóth, Dios de Israel, á todos los trasportados de Jerusalem á Babilonia: Edificad casas y habitadlas; plantad jardines y comed sus frutas. Tomad mujeres y procurad hijos é hijas; dad á vuestros hijos mujeres y á vuestras hijas esposos..... Vosotros, pues, oid la palabra del Eterno, vosotros cautivos todos. Yo os envié de Jerusalem á Babilonia....»

Llegada esta carta á Babilonia y leida por los cautivos, un tal Semeías que hacia de profeta, se irritó tanto con ella, que escribió á Sofonías, intendente del templo, á los sacerdotes y á todo el pueblo de Jerusalem, echándoles en cara por qué no encerrában á Jeremías como á un furioso.

(1) Jeremías, cap. XXVIII.



Sofonías dió aviso al santo profeta, á quien el Eterno dijo tambien: «Escribe á todos los cautivos: Hé aquí lo que dice Jehová respecto á Semeías-Nehelita: Porque Semeías os ha profetizado y yo no le he enviado, y porque os ha hecho descansar en la mentira, Yo visitaré á él y á su raza; ninguno de sus descendientes habitará este pueblo, y no verá el bien que Yo haré á mi pueblo, porque ha hablado rebelion contra Jehová (1).»

Por segunda vez mandó Sedecias á Nabucodonosor una comision. Su jefe era Seraías, hermano de Baruc. Jeremías le dió un libro en donde se hallaba escrito todo el mal que habia de sobrevenir á Babilonia. Seraías debia leerse á los cautivos y despues atarle á una piedra y arrojarle en medio del Eufrates, diciendo: «Así será sumergida Babilonia; no se levantará ya de la afliccion que enviaré sobre ella: será destruida para siempre..... (2).»

Huid de Babilonia, y salve cada uno su alma. Dios ha decretado su ruina, porque provocó á Jehová. Abandonémosla y vayámonos cada uno á nuestra tierra, porque su juicio ha llegado hasta las nubes y hasta el cielo. El Eterno ha manifestado nuestras justicias: venid, y contemos en Sion la obra de Jehová nuestro Dios..... (3).

Estas predicciones eran á propósito para reanimar el espíritu y la esperanza del pueblo cautivo. Hacia el mismo tiempo mandó el Señor por el mismo profeta predicaciones todavía más consoladoras.

En aquel dia, dice el Señor de los ejércitos, Yo quitaré de tu cuello el yugo de tu enemigo. Yo romperé tus cadenas, y los extranjeros no te dominarán más, sino que servirán á Jehová, su Dios, y á David su rey que les suscitaré Yo..... (4).

Estas promesas de la divina misericordia que el profeta de las naciones hacia, veinticuatro siglos há, el profeta de las naciones enseñaba su primer cumplimiento á sus descen-

(1) Jeremías, cap. XXIX.

(2) Ibid., cap. L.

(3) Ibid., caps. L y LI.

(4) Ibid., cap. XXXVI.

dientes de la Judea con su conversion al cristianismo, y hacia entrever un segundo y más completo cumplimiento á los hebreos cristianos de Roma, en la vuelta total de los restos de Israel á la Iglesia universal al final de los tiempos.

Mientras que Jeremías en Jerusalem y Daniel en Babilonia predecian á los reyes y á los pueblos las revoluciones de los imperios, el sacerdote Ezequiel, hijo de Buzi, comenzó un ministerio parecido en la Mesopotamia, sobre el río Cobar, que desemboca en el Eufrates, no lejos de Carkemis. En el año cincuenta de su trasmigracion con el rey Joaquin ó Jeconías tuvo visiones misteriosas.

La naturaleza, la creacion toda, es un inmenso jeroglífico ó grabado sagrado, que representa lo misterioso de su autor; pero jeroglífico vivo que se mueve, que se trasforma, se renueva, se desenvuelve para excitar á las inteligencias santamente curiosas á estudiar el mundo invisible por el visible. De aquí este lenguaje figurado y eminentemente poético de los profetas, que ninguno llevó tan lejos como Ezequiel.

Su primera vision representa el misterio del mundo.

Mientras estaba en medio de los cautivos, cerca del río Cobar, los cielos se abrieron; el poder de Jehová fué sobre él, «y miré, dice, y hé aquí que un torbellino de viento venia del aquilon, y una enorme nube, y un fuego que se recogia dentro de la nube, y á su derredor un resplandor, y en medio del fuego como el resplandor de un metal muy brillante, y la semejanza de cuatro seres vivientes, cuyo aspecto era parecido al de un hombre. Cada uno de ellos tenia cuatro caras y cuatro alas. Sus piés eran derechos y la planta de ellos como la del becerro, y las centellas que arrojaban de sus piés brillaban como cobre encendidísimo. Y manos de hombre debajo de sus alas á los cuatro lados, y tenian caras y alas por los cuatro lados. Y sus alas se juntaban del uno al otro. No se volvian cuando andaban, sino que cada uno andaba su cara adelante. Y era la semejanza del rostro de ellos: cara de hombre, y cara de leon á la derecha de los cuatro; y cara